

leotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos:— ¡Vitor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, vitor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto.

Dos frailes que iban á bordo repitieron, inspirados, las palabras santas, extrañamente proféticas, que después recordó la Europa entera, desde el Pontífice Pío V hasta el último sacerdote de aldea: *Fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes...* Hubo un hombre enviado por Dios y cuyo nombre era Juan...

CAPÍTULO XIV

EL SABOR DE LA GLORIA.—VICTORIA INÚTIL.—MESSINA.

EL HOSPITAL

El sabor de la gloria no es dulce ni salado, ni amargo ni acedo, ni deja ser gustado á tenazón y de improviso. Sus puntos y sazóns requiere para ser paladeado. ¿Qué diremos del sabor de una gloria tan grande cual la de Lepanto, aquel combate en que las naves enemigas fueron todas presas ó aniquiladas, salvo unas pocas del rey de Argel que pudieron escapar; en que fué muerto el almirante turco y prisioneros sus hijos, y en que por fin, al concluir la acción, se vió la trabajada escuadra de los cristianos repuesta con lo mejor de la armada turca? Triunfo tan completo no recordaba nadie y por eso en años y años no fué menester nombrar á Lepanto, sino decir únicamente *la batalla naval* para dar á entender de cuál se trataba. Cervantes paladeó orgullosa y golosamente años y años aquel gusto sabrosísimo del triunfar, y ya casi moribundo se envaneció de haberse hallado en ella, de haber tenido *aunque humilde, parte en la victoria*. El día glorioso de Lepanto fué el mejor de su vida. Así hay que estimarlo y comprenderlo, como él quiso que constara cien veces á los siglos, y no otra intención llevan sus repetidos razonamientos sobre la ventaja que hacen las armas á las letras. No nos engañe el aprecio en que hoy tenemos á la literatura y al arte. Cervantes, como su adorado Garcilaso, como sus admirados Aldana y Ercilla, fué ante todo y sobre todo un soldado, y estimó la profesión militar, según el pensar de su época, por la

más honrosa ocupación humana. Cervantes, como el mismo Lope, amó la acción más que el pensamiento, y sus meditaciones fueron activas y afanosas, entre dos hechos grandes ó chicos, ya en los baños de Argel, ya en las posadas y ventas de Sierra Morena, ya en la cárcel de Sevilla. No se contaminó, en ningún respecto, del genio pasivo y quieto que engendró el misticismo estático y tras él la decadencia de España. Si hubiera dado en místico, lo habría sido activamente, infatigablemente, como Santa Teresa, mística de camino y de posada, tan atenta á las obras de albañilería como á la construcción de su castillo interior: ó como San Ignacio, místico y general, conquistador de las almas, organizador y jefe de la más temible milicia que se ha conocido. Fué Cervantes un soldado que, joven escribió versos, como tantos soldados, por gala y bizarría los compusieran: el resto de su vida robusta lo consagró preferentemente á la acción, y sólo al declinar su vigor físico se acogió á la literatura en exclusivo, como á un asilo de ancianos inútiles para empuñar la espada. Las dudas que antes de Lepanto se habían ofrecido á su alma, disipáronse completamente después de Lepanto.

Con la mano rota por mil partes, con el pecho pasado por dos balas, agazapado en un rincón, al salir poco á poco del heroico delirio, fué Miguel dándose cuenta de lo que había él hecho y de lo que en torno suyo había pasado. El héroe no conoce que es héroe hasta que el tiempo corre y los demás se lo dicen. La conciencia de su heroicidad no se había aún abierto paso en la mente confundida y espantada de Miguel y, como sucede siempre, conservaba en los oídos aún el rimbombante de la batalla, y por entre los ojos y los cerrados párpados le estallaban fogonazos terribles que se resolvían ya en estrellas ya en nubes doradas, azules y verdes. Ya sabía él que la función de guerra había sido grande: no sospechaba quizá, como repetidamente afirmó después, que hubiera sido la mayor que vieron los siglos pasados ni verán los venideros. Ni podía figurarse que el nombre sonoro de Lepanto pudiera llegar á ser, como fué, el gran bálsamo de su vida y que, pobre y mal apreciado, perseguido por la necesidad y por la estúpida y ciega justicia, desconocido de sus contemporáneos y

relegado en ocasiones á una segunda fila por quienes valían menos que él, ó metido en la cárcel ó azacaneado por trochas y veredas, en el nombre de Lepanto se refugiase como en la más alta cumbre de su vida y, menospreciando toda otra vanagloria, templara sus fatigas y pesadumbres diciendo con la frente alta:—Pobre y viejo soy, mal me estiman los que no me conocen, de precarios recursos y viles empleos vivo, pero ¡yo estuve en Lepanto!—Lepanto fué el mediodía de Miguel, que siguió á una corta y espléndida mañana.

Según iba mejorando de sus heridas y conociendo por relatos inconexos y entreverados de fanfarronadas y mentiras todo el valor de la victoria, nuevas alegrías se levantaban en su pecho juvenil. Aquello era la vida.

En la noche del 7 al 8 de Octubre, repuesta y medio ordenada la escuadra vencedora, costeando por el golfo de Patras, vino la galera *Marquesa*, con otras, á anclar en la isla de Petala, que junto á la costa de Acarnania emerge del mar. Las agonías y trasudores de Miguel en aquella noche, ni él mismo acertó á pintarlos. Navegando los buques, y no muy abundantes los cirujanos, sólo una primera cura sumarísima, acaso un simple vendaje, vino á aumentar, que no á aliviar, sus angustias. En la mañana del 8 se hallaba Miguel doliente y lánguido, escalofriado y descaecido, cuando, como una aparición de imaginería flamenca, vió presentarse ante sus ojos, siempre rubio y sonrosado, la audaz sonrisilla en los labios, al cinto la espada de los gavilanes de oro, firmes las ágiles piernas, elocuentes y amorosos los brazos, al héroe de la jornada. Era el señor D. Juan de Austria, que visitaba á los heridos y enfermos y repartía palabras dulces y honrosas recompensas. Llamaba hijos á sus soldados, casi todos más viejos que él, y, por Dios, que parecía una fianza de nuevas victorias y de inmortalidad segura aquel oírse llamar hijo por un padre tan joven y de tan hermosa lozanía.

Junto á D. Juan venía otro personaje cuarentón, de gran bigote entrecano y picuda barba, de morenas mejillas, de duro entrecejo: sobre la casaca traía el lagarto de los caballeros santiguistas. Si D. Juan parecía el Arcángel de las batallas, aquel otro

personaje, que bastón de general llevaba también, semejaba la más exacta imagen del Dios de la guerra, con algo de Marte y algo de Neptuno. Era el primer Marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán, el héroe de Muros, de la Gomera, de Malta, "el padre de los soldados".

Con ojos llenos de admiración los vió Miguel acercarse; con sorpresa hondísima é indecible placer los miró pararse ante su lecho. Allí, en breves palabras, de entonación ruda, el capitán alcarreño Diego de Urbina contó á los generales lo que Cervantes había hecho el día anterior. Los ojos pardos de D. Juan, los claros ojos de D. Alvaro, enseñados á desafiar la muerte, cayeron con atención profunda sobre el maltrecho soldado. Miguel no entendió claro lo que aquellos ojos y aquellas lenguas le decían. Puede ser que le preguntaran su nombre y patria. Miguel nunca lo supo. Sólo oyó claro que D. Juan tornaba la cabeza á alguien que en pos suyo llevaba una colodra con tinta y un papel con notas, y le decía: — "Aventájese á este soldado con tres escudos sobre su paga ordinaria, y cuídesele y atiéndasele muy bien, dándome noticias de su curación.". También el marqués de Santa Cruz dijo algo: palabras de ánimo y de esfuerzo, sinceras y valiosas por ser de hombre muy habituado á ver enfermos y heridos. Luego los dos generales siguieron su marcha, volviendo sus acorazados torsos, la mano en el puño de la tizona. No vió D. Juan, sin duda, en Miguel á un hombre vulgar. Las dos paralelas de la vida del general y del soldado estuvieron entonces próximas á juntarse, y juntándose habrían á no venir en contra los sucesos que á entrambos guiaban, no por el camino que ellos apetecieran.

Al día siguiente de la victoria, mal podía D. Juan imaginarse que de ella no iba á sacar ningún fruto. Lo ya logrado constituía lo más importante de su plan, pero no era, ni con mucho, todo él. Repartida la escuadra en las islas atenienses á la costa, pensaba rehacerla en breves días, tomar la vuelta de Morea, atravesar el Archipiélago, subir á los Dardanelos y allí establecer el bloqueo de los turcos, invernando él en el cómodo resguardo de Corfú. Según iba recorriendo las naves, que más bien hospitales flotantes parecían, se le representaban las grandes dificultades que la

enorme cantidad de enfermos y heridos originaba. Sería menester diputar una parte de la escuadra para transporte de tantos hombres inútiles, cuyas llagas y fiebres amenazaban infestar ó apear todo el ejército. Por otra parte, los venecianos, seguros de haber contribuído muy poderosamente á la victoria y á la destrucción de los turcos, comenzaban á temer las futuras represalias de éstos, ó acaso á contar en moneda lo que el triunfo les había costado. Finalmente, D. Juan se hallaba como se halla y se ha hallado siempre todo español en el día de su mayor gloria: falto de víveres, de dinero, de medicinas.

Pasaban en esto los días de la primera quincena de Octubre; los soldados sanos iban dándose cuenta de su gloria y dulcísima galbana se apoderaba de sus ánimos. Todos eran relatos de particulares hazañas, todas esperanzas de futuros premios ó quejas por no haberlos alcanzado, ó envidias de los ajenos. El frío se echaba encima y D. Juan comprendió que se habían enfríado también las almas combatientes. Una helada carta del Escorial acabó de apagarle todos los ardores.

Además, aunque D. Juan fuese el hombre escogido y providencial, *missus á Deo*, que entonces se pensaba y aun hoy pensamos, no dejaba de ser español. Poseemos los españoles el hoy y perdemos el mañana, ó como dijo quien mejor nos conoció, nunca mañanamos. No mañanó D. Juan después de Lepanto, y el hoy se hizo ayer sin que él lograra sus frutos. De ello no le pesó á su hermano, quien, tal vez, secretamente, negramente conducía estos sucesos desde las heladas faldas del Guadarrama azul y blanco. No se lo demandemos á D. Juan que, para su edad, sobrada prudencia demostró. No se lo demandemos, y pensemos que era mozo y pasada la hora roja del triunfo había de llegarle, ¿cómo no? la rosada hora del amor.

En la última decena de Octubre, las galeras se dividieron. Marcharon los venecianos Adriático adelante; salió D. Juan con las suyas para Mesina; poco después Marco Antonio Colonna para Civitavecchia y D. Alvaro de Bazán para Nápoles. Iba Don Juan perplejo, como el hombre que acaba de derribar, con todo su esfuerzo, una pared y se encuentra con otra más sólida que le

estorba la luz y el aire; pero al mismo tiempo, sus veintiséis años ansiaban el suave premio de sus fatigas.

Salió, pues, la *Marquesa* de Petala. Miguel, acongojado por la calentura y por la pestilencia que bajo cubierta se padecía del acumulo de tantas enfermas y sanas, pero sucias humanidades, rogaba que algunas horas del día le subieran ó él mismo subía á respirar al aire libre. A pocos nudos de navegación desde Petala, divisó las costas de una hermosa isla donde el otoño amarilleaba los árboles. Al saber su nombre, suave y confortativa emoción corrió por sus venas. Aquella era la isla de Itaca, donde reinó feliz y á donde volvió tras mil desventuras, en el fértil otoño de su vida, Ulises el Prudente. Entre las moreras, los romeros y los olivos que de lejos se divisaban, debía de hallarse la repuesta y agradable gruta de las Nereidas. Aquel puerto, formado por dos escarpadas costas que en el mar se internan y convergen, es el puerto consagrado al viejo nauta Forkynos. Los dulces ojos de la fiel Penélope conservaron su mirar casto contemplando el ir y venir y el zumbir oficioso de esas castas abejas. Ante la costa del reino de Ulises, Miguel, herido, va penetrando un poco más en los grandes secretos de la vida. Aquel es el primer otoño que aprovecha. La juventud rara vez sabe sacar del otoño y de su blandura, en que muestra que fué estío, y de sus súbitas frialdades, que amenazan ser invierno, todo cuanto en el otoño hay. Pero Cervantes, para algo es un hombre superior á los demás, y acierta á estimar en su valor el otoño cuando los demás sólo aman aún la primavera, y no ha concluído de ser Aquiles, cuando ya tiene mucho de Ulises en el temperamento.

Andando, andádo, las naves doblan Tarento, penetran en el Estrecho, ven el faro de Mesina, la ciudadela, San Salvador, el brazo de San Reniero. Mesina es como Génova, ciudad anfiteatro, ciudad de brazos abiertos, pero, al revés que Génova, Mesina, abre sus brazos hacia Oriente y recibe las esperanzas realizadas ha poco, las ilusiones triunfadoras.

Desde las galeras van divisiéndose los grandes edificios góticos, moriscos, románicos, renacientes que embellecen la ciudad, los mármoles blancos y negros de Santa María la Nueva, los arcos de

herradura de la Annunziata. Todas las naves del puerto y todas las torres de la ciudad están empavesadas. En terrazas y tejados, en camones y galerías, ondean al viento gallardetes, cortinas y colgaduras de todos colores. D. Juan, manda también que se engalenen sus galeras con grímpolas y flámulas. A remolque y con las nalgas, que son la proa, hacia adelante, para mayor escarnio, vienen amarradas y prisioneras las galeotas turcas. Los ricos estandartes del Profeta, bordados de colores y recamados de oro y plata, la antes vencedora media luna del blasón del Gran Señor colgadas hacia abajo, barren las aguas sucias del puerto. Retumban los cañonazos de la ciudadela, aclaman los aires los clarines de la escuadra: en tierra, gaya trompetería alborota á las gentes que gritan, tomando gustosas parte en el triunfo sin haber trabajado para conseguirlo. Atracan, por fin, las naves al puerto. Todos los ojos se fijan en la galera real, de donde sale á poco la más bella imagen de la victoria, el Señor Don Juan, alegre y ansioso, buscando á lo lejos los ojos femeniles, petulante y gallardo. Los patrios de la ciudad le reciben y le prestan homenaje. Han acordado erigirle una estatua de bronce y desde luego le ofrecen y entregan un presente de treinta mil coronas. Don Juan las acepta y las destina á sus soldados heridos. El hombre de la colodra de tinta y el papel toma nota de esto y de todo.

Pasado el estruendo del triunfo, los heridos bajan, ó son bajados, á tierra. Ya las calles no rebosan de gente. Al pueblo le interesa la victoria, no el saber á qué costa se ha logrado. Miguel entra, con otros muchos heridos, en el hospital de Mesina. Las heridas mal curadas y el frío y necesidad que ha pasado tiénenle en malísimo término. Es el día 31 de Octubre.

En los primeros días, Don Juan se ocupa en revistar y recontar sus tropas. En 11 de Noviembre escribe al Rey, su hermano, diciéndole que pasan de 2.000 los infantes españoles que hay en Nápoles, y que desea que el cardenal Granvela le avise cuántos soldados le faltan de las fuerzas que ha de haber en Nápoles para dárselos del tercio de Don Miguel de Moncada. "Fuera muy necesario—añade—reformar buen número de capitanes que tienen poca gente, y enviarles á España á levantar más soldados; pero el

quitarles las compañías después de haber vencido una batalla tan importante sería darles justa causa de se desdeñar, y á enviarles á España sin licencia y orden de Vuestra Majestad *no me atrevo, porque no sé cómo se tomará.* Ved aquí al héroe que no temió á las balas, temblando ante los palaciegos de Felipe II.

Lo demás del invierno lo pasa Don Juan en preparativos. Muchos días visita los hospitales; regala para los enfermos treinta mil ducados suyos, y muestra gran interés en que todos sus heridos sean curados pronto, para que asistan á las fiestas preparadas por Mesina en celebración de la victoria. Una ó varias veces Don Juan ve á Cervantes, recuerda su cara, le pregunta cómo va de las heridas. Va mal: adelanta poco. La mano izquierda la tiene gangrenada y á punto de perderse. Don Juan encarga especialmente al doctor Gregorio López, su médico de cámara, que vea y asista á aquel herido, por ser un hidalgo de quien Su Majestad puede esperar mucho.

Un día llega el doctor Gregorio López, con sus hopalandas negras y su gorra plana doctoral, sin plumas. Le siguen fámulos con botes de ungüentos y tópicos, otro con la bolsa de operar. A Miguel se le tuerce algo la vista al mirar todo aquel matalotaje. Las heridas en las manos son siempre dolorosísimas. El doctor desata los vendajes, lava la herida, la examina despacio, con las antiparras puestas. Miguel se muerde los labios transido por el dolor. El doctor Gregorio López le mira el rostro pálido, y le dice:

—No temais. Estas manos que os curan, ¿sabeis á quién curaron?.... ¡Dios le tenga en su santa gloria!, á nuestro amado Señor el César Carlos V.

(7) Es el mismo Gregorio López el que murió en México en obsequio de la Santidad. H. López

CAPÍTULO XV

EL MANCO, SANO.—DON LOPE DE FIGUEROA.—NAVARINO.

MODÓN.—EL FINAL DE UN POEMA.

Después del camino y de la nave, del cuartel y del campo de batalla, el hospital es una buena, santa y provechosa escuela. Miguel había de seguir todos los cursos y disciplinas del vivir y no podían faltarle ni el aprendizaje hospitalero ni el carcelario.

Quienes visitan los hospitales hoy día y los ven limpios, apañados, bien abastecidos y gobernados por amables médicos y por virtuosas mujeres con tocas blancas, mal se formarán noción de lo que era el hospital de Mesina, donde Miguel pasó en curarse, ó mejor, entre si moría ó no, seis meses, desde el 31 de Octubre de 1571 al veintitantos de Abril de 1572. Preferido Miguel, como soldado aventajado, para la asistencia médica, en lo demás era uno de tantos; y no pensemos que aquellos hombres heroicos de la batalla naval eran sujetos piadosos y compasivos después del instante épico. Al contrario: en el hospital de Mesina, como en todos los de entonces, había quien se moría de hambre por falta de recursos y de caridad ajena; había, como en los hospitales de ahora, *calandrias*, que son enfermos fingidos que se pasan en la cama dos ó tres ó quince días á la husma de lo que puede perderseles á los enfermos de veras; sólida y tácitamente estaba organizando el robo á vivos, moribundos y muertos. Ese beato sosiego que hoy día se apodera del hombre hospitalado, que no tiene que pensar sino en su curación y para nada en los afanes del mundo, no existía entonces.